



Hagamos propósito de subir con Él al Calvario, y, «muévanos a compasión»

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

El apóstol Pedro a causa de la tremenda persecución de Nerón a los cristianos en el año 64, temiendo por su vida intentó escapar de Roma. Pero en el camino se encuentra con Jesús cargando una cruz en la Vía Apia y Pedro le pregunta a Jesús: *¿Quo vadis, Domine? ¿Adónde vas, Señor?* y el Señor le respondió: *"Voy hacia Roma para ser crucificado de nuevo"*. Pedro, avergonzado de su actitud, de huida para evitar el martirio, entendió que debía regresar de nuevo a Roma para continuar su ministerio y dar su vida por Cristo. Allí fue arrestado una vez más, siendo, como nos cuenta la tradición, posteriormente martirizado y crucificado cabeza abajo.

Después de meditar la Pasión podemos tener la misma tentación que tuvo Pedro: desentendernos de ello, y a poder ser, huir. O podemos responder como él respondió cuando se le apareció el Señor, y volvernos para dar la vida por Él. Es con este sentimiento en el corazón con el que deberíamos terminar esta meditación, es más: tomarlo como una actitud continua.

San Ignacio en (E.E. nº 197) dice: *«cómo todo esto padece por mis pecados... y qué debo yo hacer y padecer por él»*.

«Pues ¿rosto es el vuestro, Señor, para no mirarle estando tan cerca de nosotros? No parece nos oyen los hombres cuando hablamos si no vemos que nos miran, ¿y cerramos los ojos para no mirar que nos miráis Vos?» (Camino de Perfección -autógrafo de El Escorial- 50,1).

Que en esta meditación queramos corresponder con Él, que nos pongamos nosotros del lado de aquellos personajes que nos presenta la Sagrada Escritura, y que nosotros podemos calificar de los buenos y los malos de la Pasión; los que se convierten y transforman su vida como el buen ladrón, y no como los que se hunden en la desesperación como Judas; los que derraman sus lágrimas al paso de Jesús, conmovidos por su dolor, como las piadosas mujeres de Jerusalén, que con sus sollozos conmovieron a Cristo; y no los que solo van de espectadores en busca de espectáculo, como los soldados, que cumplían órdenes, y eran indiferentes al sufrimiento del condenado. Los que se convierten como Pedro, llorando amargamente, y los que confiesan su fe como el centurión en el reconocimiento de Dios en el Crucificado, y no como los escribas y fariseos, que estaban contentos porque habían conseguido su propósito: matar a Jesús. Y si no es así, al menos, como todos *«los que contemplaron el espectáculo de la crucifixión, bajaron a la ciudad, a sus casas, dándose golpes de pecho de arrepentimiento»* (Lc 23,48).

Que aprendamos a acompañar y a mirar a Cristo crucificado, como ese pequeño grupo del Viernes Santo, que aunque eran muy pocos, le seguían con corazones angustiados: la Virgen, su madre; Juan el único discípulo; María Magdalena, Dimas, el buen ladrón; el centurión, las piadosas mujeres, los



apóstoles que también le seguían, pero de lejos por miedo ..., porque en el Calvario sobraron espectadores y faltaron creyentes. Sobró curiosidad y faltó amor. Sobró irresponsabilidad y faltó humilde sinceridad religiosa, salvo la Virgen, Juan, el buen ladrón, y las piadosas mujeres. Tengamos los mismos sentimientos que tuvieron este pequeño grupo. Dice San Pablo: *«muchos viven según os dije tantas veces, y ahora os lo repito con lágrimas en los ojos, como enemigos de la cruz de Cristo»* (Fil 3,18). Como la Santa, para que nos mueva a compasión.

«Porque en pensar y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos a compasión, y es sabrosa esta pena y las lágrimas que proceden de aquí» (Vida 12,1).

Dice Fray Luis de Granada, con relación a lo que pasó el Señor: *«Si no te compadeces del Salvador, y si cuando Él suda sangre de todo su cuerpo, tú no viertes lágrimas de tus ojos, piensa que tienes un corazón de piedra. Si no puedes llorar por las faltas de amor, a lo menos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron la causa de tanto dolor. No le azotan ahora los verdugos, no le coronan los soldados, no son los clavos, ni las espinas las que ahora le hacen salir la sangre, sino tus culpas; estas son las espinas que le punzan, esos los verdugos que le atormentan, esa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor»*¹

Seamos un instrumento que alivie a Cristo Crucificado. María sufrió mucho junto a la cruz. *«Junto a la cruz de Jesús estaba su Madre»* (Jn 19,25). Nosotros podemos sufrir con alegría abrazados al crucifijo. El crucifijo alentaba a los mártires.

Para María la vista de Cristo crucificado era el mayor de los tormentos. Para nosotros, con el crucifijo y María Dolorosa nos serán más fáciles las cruces de la vida. Nuestra vida está hoy íntimamente relacionada con la Pasión del Señor. Dice la Santa con tremendas palabras:

«Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No es tiempo de tratar con Dios cosas de poca importancia» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 1,5).

San Ignacio quiere que el ejercitante se haga tres preguntas delante Cristo crucificado (E.E. nº 153), y que nosotros al terminar esta meditación también las debamos hacer: *«Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué debo hacer por Cristo»*.

El Señor no abandona a los suyos, ni siquiera cuando estos le abandonan a Él y le traicionan. Queremos ser siempre de los suyos, ... y si le hubiéramos abandonado, negado, ¿no lo vamos a intentar ahora? De Pedro, se lee que Jesús pasando *«lo miró»* (Lc 22,61); con Judas hizo más aún: *«le besó»* (Lc 22,47). Pero, el éxito fue bien distinto. Pedro, *«saliendo fuera, lloró amargamente»* (Mt 26,75); Judas, saliendo fuera, *«fue y se ahorcó»* (Mt 27,5). No le dejemos, sino que le ayudemos, nos aconseja la Santa.

¹ FRAY LUÍS DE GRANADA, Libro de la Oración y Meditación, Ed. Palabra. 1979. p. 235.



«Tomad, hija, de aquella cruz. No se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque Él no vaya con tanto trabajo. No hagáis caso de lo que os dijeren. Hacedos sorda a las murmuraciones. Tropezando, cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va y las ventajas que hace su trabajo a los que vos padecéis, por grandes que los queráis pintar. Y por mucho que los queráis sentir, saldréis consolada de ellos, porque veréis son cosa de burla comparados a los del Señor» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 26,7).

[...] Jesús es siempre nuestro Maestro. Pero, más que en ningún otro sitio, en la Cruz. Allí nos enseña a perdonar, a amar, a sufrir, a morir. También a elegir, porque el mundo es un inmenso Calvario. Hasta el fin de los tiempos, habrá tres cruces en la cima del Calvario: la del Inocente, la del penitente, y la del obstinado. En la primera, solo Él y su Madre. Nosotros tenemos que elegir entre la segunda y la tercera. El mundo es un inmenso calvario donde todos algún día descenderemos de la cruz de nuestros sufrimientos. Unos para ir al cielo, otros al purgatorio, y otros al infierno, según la cruz que escojamos. No hay cosa más parecida que las tres cruces del Calvario. No hay cosa más diferente que los tres crucificados. Dice San Agustín: «Hay tres hombres en la cruz, uno que da la salvación, (Jesús), otro que la recibe, (Dimas), y un tercero que la desprecia, (Gestas)». Llega un momento en la vida en que ya no queda otro remedio que elegir. Hay que discernir y buscar nuestro puesto en el calvario de la vida, y son especiales estos días de ejercicios espirituales, en los que podemos meditar y corregir nuestra situación en la vida, ante Cristo crucificado, y ante cómo llevamos las cruces de la vida.

Esta meditación es un momento oportuno para que nos preguntemos a nosotros mismos cómo llevamos las contrariedades, el dolor. Buena ocasión para examinar si nos acercan a Cristo, si estamos corredimiendo con Él, si nos sirven para expiar nuestras culpas. Sería una pena no hacerlo, porque es un medio de santificación y acercamiento a Dios de mucho valor, como nos dice la Santa:

«Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por El, porque fue tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de amor de Dios y otras muchas cosas, que yo me espantaba; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos» (Vida 33,4).

Si somos discípulos tenemos que llevar la cruz. Debemos de vivir muy convencidos de esto, porque es a lo que Dios nos invita: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 16,24-25). Llevando nuestras cruces de la vida, ayudamos al Señor a llevar la suya como en el Calvario.

Santa Teresa Benedicta de la Cruz escribía: «El Salvador no está solo en el camino de la cruz: a su alrededor no hay solo enemigos que lo empujan; están también sus amigos. Como modelo de los seguidores de la Cruz de todos los tiempos está la Madre de Dios; como imagen de los que asumen el peso de un sufrimiento que se les ha impuesto y que, aguantando, experimentan su bendición, está Simón de Cirene; como modelo de los que aman y que se sienten impulsados a querer a Dios, está la Verónica»².

² FLORENCIO GARCÍA MUÑOZ, Benedicta de la Cruz. Ed. San Pablo., Madrid, 2007. p. 266.



Pero no debemos olvidar que las cruces de la vida son un buen remedio para convertirnos, porque son para identificarnos con el Crucificado, son camino de perfección y son camino para el cielo. Dice San Juan de la Cruz: «*Si en algún tiempo, hermano mío, le persuadiere alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni abrace, aunque se la confirme con milagros; sino penitencia y más penitencia y desasimiento de todas las cosas; y jamás, si quiere llegar a la posesión de Cristo, le busque sin la cruz*» (Cta. al P. Luis de San Ángel). La Santa, que habla en varios poemas sobre la cruz, nos consuela en uno dirigido al apóstol San Andrés, que es un hombre que muere enamorado de la cruz. Que nosotros también gocemos en ellas.

«¡Oh cruz, madero precioso, / Lleno de gran majestad! / Pues siendo de despreciar, / tomaste a Dios por esposo, / a ti vengo muy gozoso, / sin merecer el quererte. / Esme muy gran gozo el verte» (Poesías 21).



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!